

Nora Webster

Colm Tóibín

Traducción de
Antonia Martín

Lumen

narrativa

Título original: *Nora Webster*

Primera edición: febrero de 2016

© 2014, Colm Tóibín

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Antonia Martín Martín, por la traducción

La editorial agradece el apoyo económico de
Ireland Literature Exchange (ayuda a la traducción), Dublín, Irlanda
www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna
parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-264-0262-2

Depósito legal: B-25.915-2015

Compuesto en M. I. maqueta, S. C. P.

Impreso en Egedsa
Sabadell (Barcelona)

H 4 0 2 6 2 2

Brid Tóibín (1921-2000)
Níall Tóibín (1959-2004)

1

—Debe de estar harta. ¿Es que no piensan dejar de venir?
—Tom O'Connor, su vecino, estaba a la puerta de casa y la miraba esperando una respuesta.

—Lo sé —dijo ella.

—No conteste. Es lo que haría yo.

Nora cerró la puerta del jardín.

—Tienen buena intención. La gente tiene buena intención —dijo.

—Noche tras noche. No entiendo cómo lo aguanta.

Nora se preguntó si podía volver a entrar en casa sin tener que responderle. Tom O'Connor empleaba un tono nuevo con ella; un tono que antes nunca habría probado a utilizar. Le hablaba como si tuviera alguna autoridad sobre ella.

—La gente tiene buena intención —repitió, pero al decirlo esta vez se sintió triste, se mordió el labio para contener las lágrimas. Cuando miró a Tom O'Connor, sabía que debía de parecer rebajada, derrotada. Entró en casa.

Aquella noche llamaron a la puerta poco antes de las ocho. La lumbre ardía en la habitación del fondo y los dos chicos hacían los deberes sentados a la mesa.

—Ve a abrir —le dijo Donal a Conor.

—No, ve tú.

—Que vaya uno de los dos —dijo ella.

Conor, el pequeño, fue al recibidor. Nora oyó una voz cuando el chico abrió la puerta, una voz femenina, pero no la reconoció. Conor condujo a la visita a la sala de estar.

—Es la mujer bajita que vive en Court Street —le susurró cuando volvió a la habitación del fondo.

—¿Qué mujer bajita? —preguntó ella.

—No lo sé.

May Lacey meneó apenada la cabeza al entrar Nora en la sala de estar.

—Nora, no he querido venir antes. No sabe cuánto siento lo de Maurice.

Tomó la mano de Nora.

—Y con lo joven que era. Yo lo conocía cuando era un chiquillo. En Friary Street nos conocíamos todos.

—Quítese el abrigo y pase a la habitación del fondo. Los chicos están haciendo los deberes, pero pueden venir aquí y encender la estufa. De todas formas, no tardarán en irse a la cama.

May Lacey, con ralos mechones canos que asomaban bajo el sombrero y con la bufanda todavía enroscada al cuello, se sentó frente a Nora en la habitación del fondo y empezó a hablar. Al cabo de un rato los chicos fueron al piso de arriba; a Conor le dio demasiada vergüenza bajar a dar las buenas noches cuando Nora lo llamó, pero Donal no tardó en aparecer. Se sentó con ellas y observó detenidamente a May Lacey sin despegar los labios.

Era evidente que no acudirían más visitas. A Nora le tranqui-

lizó no tener que recibir a personas que no se conocían entre sí o que no simpatizaban.

—Como le decía —prosiguió May Lacey—, Tony estaba ingresado en el hospital de Brooklyn y el hombre ese llegó a la cama de al lado y se pusieron a charlar; al enterarse de que era irlandés, Tony le contó que su mujer era del condado de Wexford.

Se interrumpió y frunció los labios, como si intentara recordar algo. De repente empezó a imitar una voz masculina:

—Anda, yo soy de allí, dijo el hombre, y Tony le contó que ella era de Enniscorthy; anda, yo también soy de allí, dijo el otro. Le preguntó a Tony de qué parte de Enniscorthy era, y él le dijo que de Friary Street.

May Lacey mantenía la vista fija en el rostro de Nora, lo que obligó a esta a expresar interés y sorpresa.

—Y el hombre le dijo yo también soy de allí. ¿No es increíble? Se interrumpió esperando algún comentario.

—Y le contó a Tony que antes de irse de la ciudad había hecho esa cosa de hierro, ¿cómo se llama?, una reja o una celosía para la ventana de Gerry Crane. Y fui a verla y, sí, ahí está. Gerry no sabía quién la había puesto ni cuándo. Pero en Brooklyn el vecino de cama de Tony dijo que la había hecho él, que era soldador. Menuda coincidencia. Que pasara en Brooklyn.

Nora preparó té cuando Donal fue a acostarse. Lo llevó a la habitación del fondo en una bandeja con galletas y tarta. Se atararon con los utensilios del té, tras lo cual May Lacey bebió un sorbo y empezó a hablar otra vez.

—Naturalmente, mis hijos tenían a Maurice en un pedestal. Siempre preguntaban por él en sus cartas. Era amigo de Jack antes de que Jack se fuera. Y, por supuesto, Maurice era un gran

profesor. Los niños le admiraban y lo respetaban. Siempre lo he oído decir.

Mientras contemplaba el fuego, Nora intentaba recordar si May Lacey había estado antes en la casa. Creía que no. La conocía de toda la vida, como a tantos otros en la ciudad; se saludaban e intercambiaban palabras de cumplido, o se paraban a hablar si había alguna novedad. Conocía la historia de su vida, desde el apellido de soltera hasta la parcela del cementerio donde la enterrarían. Una vez la había oído cantar en un concierto, recordaba su voz aflautada; era «Home, Sweet Home» u «Oft in the Stilly Night», una canción por el estilo.

Dudaba que May Lacey saliera mucho, salvo para ir a comprar y a misa de domingo.

Ahora guardaban silencio y Nora pensó que quizá May no tardaría en irse.

—Le agradezco que haya venido —le dijo.

—Ay, Nora, lo sentí mucho por usted, pero pensé que era mejor esperar; no quería agobiarla.

Rehusó tomar otra taza de té, y al llevar la bandeja a la cocina Nora pensó que tal vez se levantaría y se pondría el abrigo, pero la mujer no se movió de la silla. Nora subió y vio que los chicos dormían. Sonrió para sus adentros al pensar que podía meterse en la cama y dormirse y dejar a May Lacey abajo contemplando la lumbre, esperándola en balde.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó May en cuanto Nora se sentó—. Últimamente no las veo nunca; antes siempre iban de arriba abajo.

—Aine está estudiando en Bunclody. Empieza a adaptarse al colegio —respondió Nora—. Y Fiona estudia magisterio en Dublín.

—Se los echa de menos cuando se van —dijo May Lacey—. Yo los echo de menos, sí, pero es curioso que sea Eily en quien más pienso, aunque también echo en falta a Jack. No sé por qué, pero no quería perder a Eily. Al morir Rose, ya lo sabe usted, Nora, creí que vendría y se quedaría y encontraría un trabajo, y un día, cuando ya llevaba un par de semanas aquí, me di cuenta de que estaba muy callada, y eso no era propio de ella, y se puso a llorar y fue entonces cuando me enteré de que su amigo de Nueva York no la dejaba venir si no se casaba con él. Y se había casado sin decirnos nada. «Bueno, qué se le va a hacer, Eily», le dije. «Tendrás que volver con él.» Y no pude mirarla ni hablarle, y aunque me envió una fotografía de ellos dos en Nueva York, no pude mirarlos. Eran lo último que quería ver. De todos modos, siempre he lamentado que no se quedara.

—Sí, lo sentí cuando me enteré de que se iba, pero a lo mejor es feliz allí —repuso Nora, y enseguida, al ver que May Lacey bajaba apenas la vista con una expresión dolida, se preguntó si era un comentario inoportuno.

May Lacey empezó a rebuscar en el bolso. Se puso unas gafas de lectura.

—Creía que había traído la carta de Jack, pero me parece que la he olvidado —dijo.

Miró un papel y luego otro.

—No, no la tengo. Se la quería enseñar. Jack quería preguntarle algo.

Nora no dijo nada. Hacía más de veinte años que no veía a Jack Lacey.

—A lo mejor la encuentro y se la hago llegar —dijo May. Se levantó para marcharse.

—No creo que Jack tenga intención de volver —añadió poniéndose el abrigo—. ¿Qué iba a hacer aquí? Tienen su vida en Birmingham, me han invitado a ir y todo, pero le he dicho que me gustaría abandonar este mundo sin haber visto Inglaterra. De todos modos, me parece que querría tener algo aquí, un lugar al que pudieran venir él y quizá los hijos de Eily o alguno de los otros.

—Bueno, puede venir a verla a usted —dijo Nora.

—Ha pensado que querría usted vender la casa de Cush —comentó May ajustándose la bufanda. Lo dijo como si nada, pero cuando clavó los ojos en Nora su mirada era fría y reconcentrada y la barbilla empezó a temblarle—. Me ha preguntado si iba a venderla —añadió, y cerró la boca con firmeza.

—No lo tengo pensado —respondió Nora.

May volvió a fruncir los labios. No se movió.

—Ojalá hubiera traído la carta. A Jack le encantaban Cush y Ballyconnigar. Iba allí con Maurice y los otros, y siempre se acordaba de aquello. Y el lugar no ha cambiado mucho, todo el mundo le conocería. La última vez que vino a casa no conocía a la mitad de la gente de aquí.

Nora no dijo nada. Quería que May se fuera.

—Le diré que se lo he comentado. No puedo hacer más.

Al ver que Nora callaba, May se la quedó mirando, visiblemente molesta por su silencio. Salieron de la habitación y se detuvieron en el recibidor.

—El tiempo lo cura todo, Nora. Es lo único que le puedo decir. Y se lo digo por experiencia.

Suspiró cuando Nora abrió la puerta.

—Gracias por venir, May.

—Buenas noches, Nora, y cuídese.

Nora observó cómo se alejaba lentamente por el camino en dirección a su casa.

Un sábado de octubre fue a Cush en el vetusto Austin A40, tras dejar a los chicos jugando con sus amigos y sin decir a nadie adónde se dirigía. Su objetivo en aquellos meses, otoño camino del invierno, era reprimir las lágrimas, por el bien de los chicos y quizá por el suyo propio. Que llorara como sin venir a cuento les asustaba e inquietaba ahora que poco a poco iban acostumbrándose a la ausencia del padre. Se daba cuenta de que los chicos se comportaban como si todo fuera normal, como si en realidad no faltara nada. Habían aprendido a disimular cómo se sentían. Ella, a su vez, había aprendido a reconocer las señales de peligro, los pensamientos que llevarían a otros pensamientos. Medía su éxito con los chicos por cómo dominaba sus propias emociones.

Al descender por la colina próxima a The Ballagh y vislumbrar de pronto el mar pensó que nunca había ido sola por esa carretera. Durante todos aquellos años uno de los chicos, o una de las chicas cuando eran más jóvenes, gritaba en aquel punto: «¡Ve el mar!», y ella tenía que ordenarles que se sentaran y no alborotasen.

En Blackwater pensó en detenerse a comprar tabaco, chocolate o lo que fuera para aplazar la llegada a Cush. Pero estaba segura de que algún conocido la vería y querría acompañarla en el sentimiento. Las palabras salían con facilidad: «Lo siento» o «Lamento su desgracia». Si bien todos decían lo mismo, no había ninguna fórmula para la respuesta. «Lo sé» o «Gracias» sonaban fríos, casi impostados. Y se la quedarían mirando hasta que ella no viera la hora de alejarse. Se percibía cierta avidez en la forma en que le

estrechaban la mano o la miraban a los ojos. Se preguntó si alguna vez ella había actuado de ese modo con alguien, y pensó que nunca lo había hecho. Al girar a la derecha en dirección a Ballyconnigar comprendió que se sentiría mucho peor si la gente empezara a rehurla. Le pasó por la cabeza que probablemente lo hacían pero que ella no se había percatado.

El cielo se había oscurecido y caían gotas de lluvia en el parabrisas. Aquella zona parecía más pelada, más invernal que el campo de la carretera de Blackwater. Al llegar a la pista de frontón torció a la izquierda, en dirección a Cush, y se permitió el breve respiro de imaginar que se trataba de un momento del pasado reciente, un día sombrío de verano con un cielo amenazador, y que había ido a Blackwater a comprar carne y pan y el periódico. Los había arrojado despreocupadamente en el asiento de atrás y la familia se encontraba en la casa junto al estanque margoso, Maurice y los niños, y quizá un par de amigos; los chicos se habrían levantado tarde y se disgustarían al ver que no hacía sol, lo que sin embargo no les impediría jugar al rounders, armar jaleo delante de la casa o ir a la playa. Pero si llovía todo el día se quedarían dentro y jugarían a las cartas hasta que los dos se impacientaran y acudieran a ella a quejarse.

Se permitió imaginar todo esto durante todo el tiempo que le apeteció. Pero en cuanto atisbó el mar y el horizonte más allá del tejado del Corrigans esas fantasías no le sirvieron de nada; volvía a estar en el duro mundo.

Bajó por el camino y abrió las grandes puertas galvanizadas. Aparcó delante de la casa y las cerró para que nadie viera el coche. Le habría encantado que hubiera estado presente alguna de sus viejas amigas, Carmel Redmond o Lily Devereux, que le habrían

hablado con sensatez, no de lo que había perdido o de cuánto lo sentían, sino de los hijos, de dinero, de un trabajo a tiempo parcial, de cómo vivir en adelante. La habrían escuchado. Pero Carmel vivía en Dublín y únicamente iba allí en verano, y Lily solo acudía de vez en cuando a ver a su madre.

Volvió a sentarse en el coche mientras el viento del mar bramaba a su alrededor. La casa estaría fría. Tendría que haber llevado consigo un abrigo más grueso. Sabía que desear la presencia de sus amigos o quedarse tiritando en el vehículo eran maneras de aplazar el momento de abrir la puerta y entrar en la casa vacía.

Y entonces sopló un viento ululante aún más feroz y pareció que fuera a levantar el coche. Le vino a la mente algo en lo que no se había permitido pensar pero que sabía desde hacía unos días, y se hizo una promesa a sí misma: no volvería nunca más. Esta sería la última vez que iba a la casa. Entraría y recorrería esas pocas habitaciones. Después de recoger los objetos personales que no pudiera dejar, cerraría la puerta y regresaría a la ciudad, y en el futuro no volvería a tomar el desvío del frontón en la carretera entre Blackwater y Ballyconnigar.

Lo que la sorprendió fue la firmeza de su determinación, lo fácil que parecía volver la espalda a cuanto había amado, desprenderse de la casa junto al camino del acantilado para que otros se familiarizaran con ella, fueran en verano y la llenaran de ruidos distintos. Suspiró contemplando el cielo amoratado sobre el mar. Finalmente se permitió sentir lo mucho que había perdido, lo mucho que echaría de menos. Bajó del coche y se enderezó a pesar del viento.

La puerta principal se abría a un minúsculo recibidor, con habitaciones a cada lado. Las dos de la derecha tenían literas, y a la izquierda había una sala de estar con una cocina pequeña y un

cuarto de baño más allá, junto al dormitorio de Maurice y ella, tranquilo, lejos de los hijos.

Cada año, a comienzos de junio, iban todos allí a pasar un sábado y un domingo, aunque no hiciera buen tiempo. Llevaban cepillos y fregonas, detergente y trapos para limpiar las ventanas. Llevaban colchones bien aireados. Constituía un punto de inflexión, un hito en el calendario que significaba el inicio del verano, a pesar de que este fuera a ser gris y neblinoso. En los años que ella quería recordar ahora, los niños se mostraban bulliciosos y entusiasmados al principio, como si pertenecieran a una familia estadounidense de *The Donna Reed Show*. Imitaban el acento americano y se daban instrucciones mutuamente, pero enseguida se cansaban y aburrían y ella les dejaba jugar, bajar a la playa o ir al pueblo. Y entonces comenzaba el trabajo de verdad. Cuando los niños ya no estaban por medio, Maurice podía ocuparse de tareas como pintar la madera, dar una mano de temple al cemento; podían cubrirse los agujeros del suelo de linóleo y ella podía apedazar el papel pintado en las zonas enmohecidas o con demasiadas manchas, una labor para la que necesitaba silencio y concentración. Disfrutaba midiendo hasta la última fracción de cada pulgada, dando a la cola la consistencia adecuada y recortando luminosos parches de papel floreado.

Fiona aborrecía las arañas. Nora lo recordó ahora. Y limpiar la casa implicaba, por encima de todo, echar a arañas, vilanos y bichos de todas clases. A los chicos les encantaba que Fiona chillara, y a ella le encantaba chillar, sobre todo cuando su padre la protegía con gestos exagerados. «¿Dónde está», preguntaba a gritos Maurice imitando al gigante de «Las habichuelas mágicas», y Fiona corría a abrazarse a él.

Aquello era el pasado, pensó al entrar en la sala de estar, y no podía recuperarse. El reducido tamaño de la habitación y lo fría que estaba le produjeron una insólita satisfacción. Saltaba a la vista que había una gotera en el tejado galvanizado de zinc, porque se apreciaba una mancha reciente en el techo. La casa vibró cuando una ráfaga de viento arrojó una densa cortina de lluvia contra el cristal. Pronto habría que reparar las ventanas, y la madera había empezado a pudrirse. ¿Y quién sabía cuánto tardaría en erosionarse esa parte del acantilado y en demolerse la casa por orden del Consejo del Condado? Otro podría preocuparse en adelante. Otro podría reparar las goteras y proteger las paredes de la humedad. Otro podría cambiar la instalación eléctrica de la casa y volver a pintarla o abandonarla a los elementos cuando llegara el momento.

Se la vendería a Jack Lacey. Ningún vecino de la zona quería comprarla; sabían que sería una mala inversión, comparada con los inmuebles de Bentley, Curracloe o Morriscastle. Nadie de Dublín que la viera en ese estado ofrecería nada por ella. Echó un vistazo a la sala y se estremeció.

Entró en los dormitorios de los hijos y en el que había compartido con Maurice y comprendió que para Jack Lacey, en Birmingham, convertirse en el propietario sería un sueño, parte de un recuerdo de domingos abrasadores y de niños y niñas en bicicleta y de brillantes posibilidades abiertas. Por otra parte, se lo imaginó llegando a la casa al cabo de un par de años, cuando volviera para pasar dos semanas en Irlanda, y encontrándose el tejado medio caído y telarañas por todas partes, el papel de pared desprendido, las ventanas rotas y la luz cortada. Y el día de verano, lluvioso y oscuro.

Examinó los cajones, pero no vio nada que quisiera. Solo periódicos amarillentos y cabos de bramante. Ni siquiera parecía que mereciera la pena conservar la vajilla y los utensilios de cocina. Encontró fotografías y libros en un armario del dormitorio y los recogió para llevárselos. Nada más. Los muebles no valían nada y las lámparas estaban deslucidas y gastadas. Recordaba que las habían comprado en el Woolworth's de Wexford hacía pocos años. Todo se pudría y deslustraba en esa casa.

La lluvia empezó a arreciar. Descolgó un espejo de la pared del dormitorio y se fijó en lo limpio que estaba el espacio que cubría, en comparación con el papel pintado de alrededor, sucio y desvaído.

Al principio pensó que el golpe que oía se debía a que el viento había estampado algo contra la puerta o la ventana. Sin embargo, al ver que el ruido continuaba y oír una voz comprendió que tenía una visita. Le sorprendió porque pensaba que nadie había reparado en su llegada y era imposible ver el coche. Su primer impulso fue esconderse, pero sabía que ya la habían visto.

Cuando describió el pestillo, el viento empujó la puerta hacia ella. Vio una figura que llevaba un anorak demasiado grande, cuya amplia capucha cubría a medias la cara.

—Nora, he oído el coche. ¿Está usted bien?

Una vez retirada la capucha, reconoció a la señora Darcy, a quien no veía desde el funeral. Cerró la puerta y la señora Darcy la siguió al interior.

—¿Por qué no me ha avisado? —preguntó.

—Solo voy a estar unos minutos —contestó Nora.

—Suba al coche y venga a casa. No puede quedarse aquí.

Una vez más advirtió el tono imperativo, como si ella fuera una niña, incapaz de tomar decisiones acertadas. Desde el funeral

intentaba pasar por alto ese tono, o soportarlo. Intentaba comprender que se trataba de una forma sumaria de amabilidad.

En esos momentos le habría complacido sacar de la casa sus pocas pertenencias, meterlas en el coche y marcharse de Cush. Pero no podía ser, tendría que aceptar la hospitalidad de la señora Darcy.

Esta se negó en redondo a subir al coche con ella afirmando que estaba demasiado mojada. Dijo que volvería a casa a pie mientras Nora iba en el vehículo.

—Me quedaré unos minutos más. Luego iré —dijo Nora.

La señora Darcy se la quedó mirando intrigada. Nora había querido emplear un tono despreocupado, pero consiguió dar la impresión de que ocultaba algo.

—Solo quiero recoger unas cuantas cosas para llevármelas —comentó.

La visitante reparó en los libros, las fotografías y el espejo apoyado contra la pared, y rápidamente se fijó en todo lo demás. Y Nora intuyó que la señora Darcy captaba al instante lo que se traía entre manos.

—No tarde. Le tendré preparado el té.

Cuando la señora Darcy se hubo marchado, Nora cerró la puerta y volvió al interior de la casa.

Ya estaba hecho. Con su mirada abarcadora a la habitación, la señora Darcy había conseguido que pareciera real. Nora saldría de la casa y nunca regresaría. No volvería a recorrer aquellos senderos y no se permitiría sentir pesar. Se había acabado. Recogió los escasos objetos que había reunido y los metió en el maletero del coche.